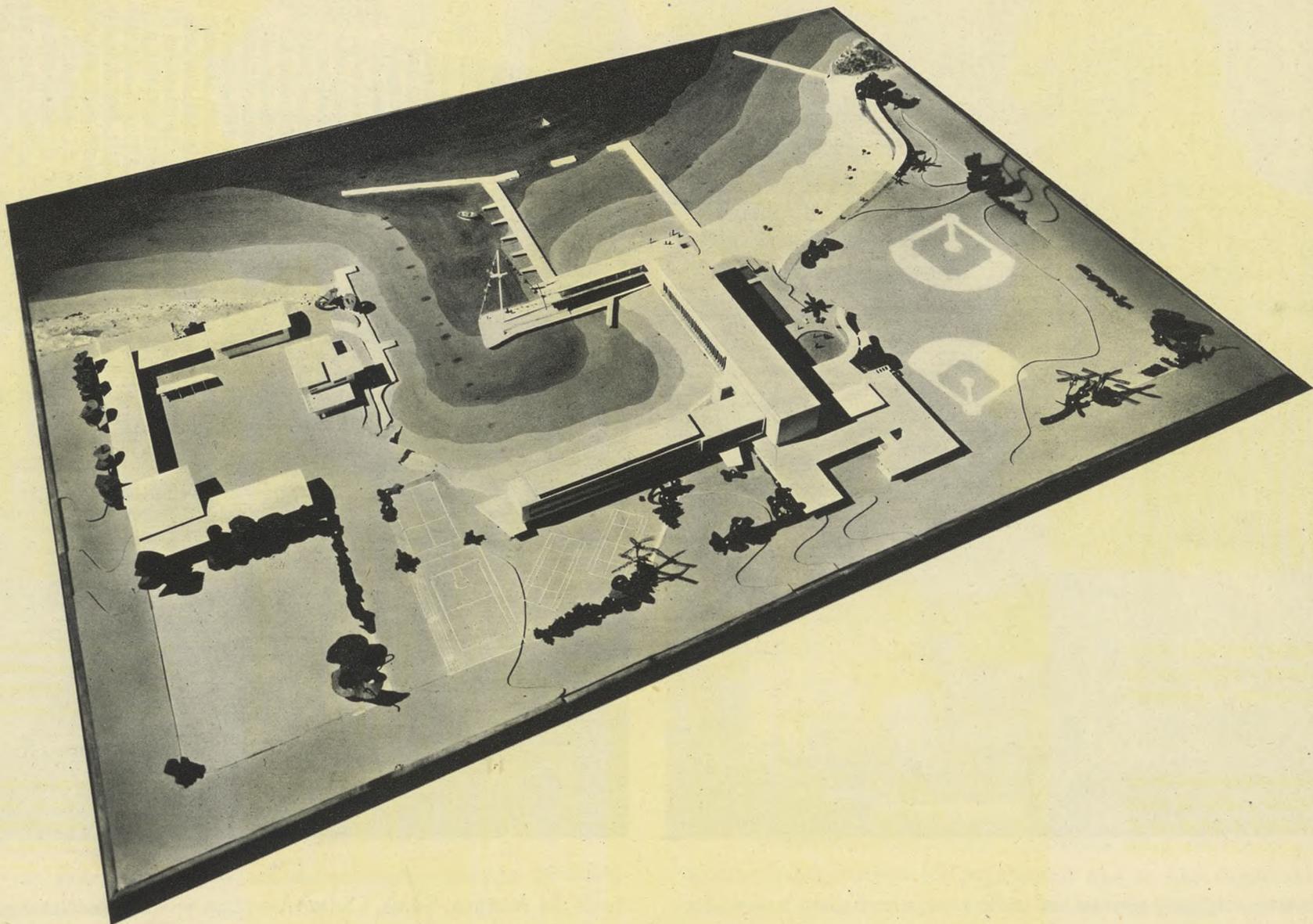


# AMÉRICA CONSTRUYE



Arriba: Maqueta en construcción del «Miramar yacht Club» en la Habana, por los arquitectos Mercedes Díaz, Ernesto Gómez Sampera, Eduardo Montelieu, Alberto Beale y Luis Echevarría.—Abajo: Ministerio de Educación Nacional del Brasil.



HABLAR de arquitectura en América, de una arquitectura específicamente americana, parece referirse de inmediato a las culturas indígenas —o auctótonas, que en este caso tanto vale— del Nuevo Mundo. Parecerá, pues, innecesario, el que queriendo aludir a la arquitectura que hoy en día se desarrolla pujante y vigorosa en Iberoamérica, comencemos por hablar de los mayas y de los incas. Quizá sea retrotraernos demasiado.

¿Qué nexos existen entre los discípulos de Le Corbusier —pongamos a guisa de ejemplo— y los constructores anónimos de Chichen Itzá, de Copán o de Machu Pichu?

Ninguno, aclaremoslo. Pero tanto unos como otros intentaron edificar dentro de una proyección vernácula, de acuerdo con los recursos existentes de la técnica y con los materiales disponibles, tratando siempre de satisfacer las necesidades que las condiciones geofísicas les imponen; haciendo arquitectura en relación al "habitat", como dirían los sociólogos.

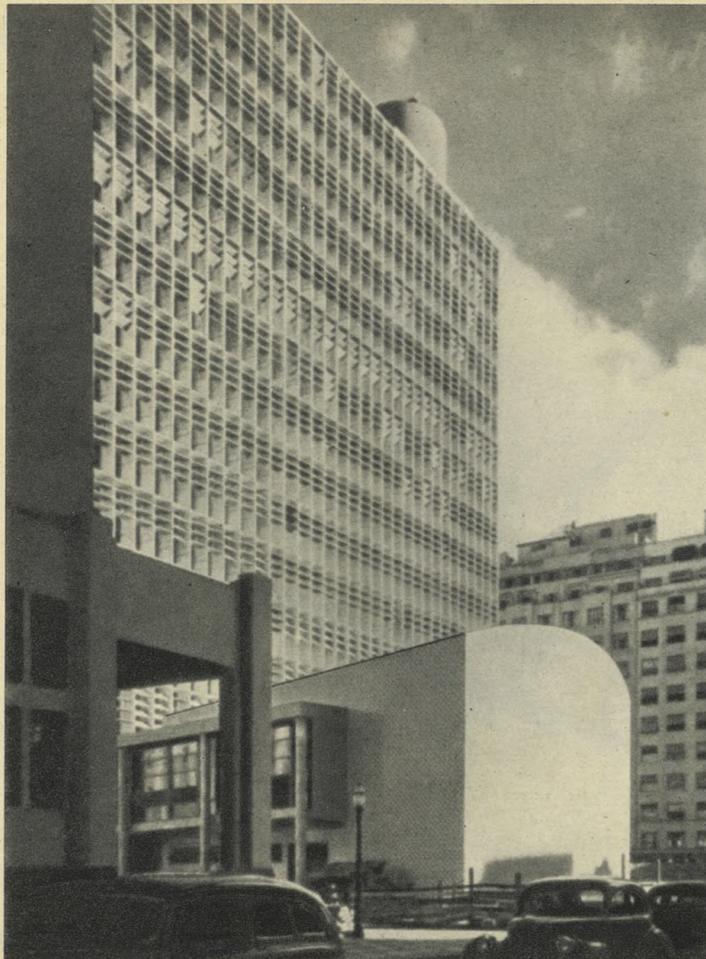
Fueron los mayas, los incas, los zapotecomix-

tecas, los toltecas, etc., maravillosos intérpretes de la arquitectura y no puede uno menos de admirarse al contemplar sus colosales fábricas:

Teotihuacán, dominando la extensa llanura de Otumba, el Templo de los Guerreros, en milagroso estado de conservación; los grandiosos sillares que flanquean las calles del Cuzco, que sostienen los pórticos de Tiahuanaco o forman las **pucaras** de Sacasayhuaman, son ejemplos extraordinarios del arte indígena.

Otra cultura, la española, con las esencias europeas del Renacimiento, había de venir a imponerse. Su arquitectura, en plena floración plateresca, se trasplantó con fortuna a América. Debíó aprovechar, claro está, la mano indígena, cuyos elementos ornamentales cobran nueva aplicación, fundiéndose con los elementos hispanos en una simbiosis armónica.

Así, América no pierde sus peculiaridades arquitectónicas, antes bien, hay una transformación de su criterio artístico; no, como se ha pretendido, una solución de continuidad, al menos en un sentido lato.



La fantasía mística y sensual del indio mexicano hallará nuevas formas, y si en el plateresco aparece contenida, en el barroco se liberará sin freno, para enroscarse por columnas y chapiteles a frontones ornados de mil deliciosas extravagancias. Las cúpulas de Cholula, las fachadas del monasterio de Topozotlán y Taxco, del Sagrario y La Santísima de México, constituyen el retorno a lo americano y el más cumplido homenaje a los maestros españoles que supieron formar tan espléndida escuela de alarifes.

No fué una copia servil de la arquitectura europea, sino una interpretación original. América aprende, pero se comprende, al menos en sus momentos felices.

Por otra parte, el siglo XVIII representa en el Brasil la aclimatación (paralela a la española) del barroco portugués.

Bahía y Ouro Preto se pueblan de iglesias encantadoras, donde la influencia negra se patentiza al igual de la india en México y el Perú.

Más tarde, a mediados y postrimerías del siglo XVIII (en época edilicia, de despotismo ilustrado), bajo el gobierno de virreyes imbuidos del afrancesamiento borbónico, se implanta el neoclásico, con su orden frío y académico, absurdo bajo el sol del trópico, aunque se consiga de manera tan cabal como la Escuela de Minería de México.

Se cierra de este modo un siglo particularmente importante en construcciones de tipo civil.

Díganlo, si no, los suntuosos palacios de México y Lima y Potosí, las casonas de Valladolid de la Nueva España (hoy Morelia), Querétaro, Guana-

juato, La Antigua, Tunja, Quito, Arequipa y Salta. Iberoamérica, no obstante esta gran tradición, ha de perderse, durante el siglo XIX y parte del XX, sin hallar una arquitectura consustancial a ella. Se desvía de sus dos grandes trayectorias, la indígena y la colonial para perderse en la copia torpe e inadecuada de la arquitectura coetánea europea, tampoco, menester es subrayarlo, muy afortunada.

Vemos así que la ambición de todo hacendado sudamericano que ha visitado París o Venecia es llegar a construirse una Malmaison o un palacio del Gran Canal, aunque sea en estuco.

Esta modalidad mimética, estúpidamente obsecuente, es menos grave —en su aspecto estético— cuando, como indicábamos anteriormente, se aplica al plagio de la arquitectura de la época; menos grave,



pero sin embargo más nociva, por ser más fácil, más asequible, a las fortunas medianas.

Barrios enteros se construyen entre 1870 y 1910 imitando la arquitectura residencial francesa. Aún en la actualidad pueden medirse en México o Buenos Aires los perjuicios de ese mal gálico.

Luego, sucede el absurdo del modernismo, que se aplica con furor a levantar las primeras casas de departamentos.

Suerte inmensa es que sus estragos fueran, de preferencia, en zonas urbanas céntricas, donde el valor del terreno ha subido y sube de manera tan enorme que ha obligado a sustituir esas horrendas estructuras, carentes de todo funcionalismo, por edificios más ambiciosos.

Donde mejor observamos semejante evolución es en las grandes poblaciones de desarrollo industrial como Buenos Aires, São Paulo o Río de Janeiro.

De esa reacción contra el modernismo surgen los primeros rascacielos que merecen como tales calificarse. El Cavanah y el Comega son ejemplos de ello en la Argentina.

A la inercia psicológica imputable como origen de la decadencia arquitectónica en América durante el siglo XIX, prolongada en buena parte del presente, sucede un criterio evolucionista.

Se revisan todas las premisas, se ponen en tela de juicio las opiniones que ya son acervo.

¡No más fetichismo arquitectónico!

Se registran, de este modo, las mil contradicciones existentes entre lo que hacemos, lo que pensamos y el ambiente material en que nos movemos.

Estudiamos en universidades donde los experimentos de descomposición atómica se desarrollan en laboratorios estilo Tudor, hacemos nuestras operaciones financieras en bancos que recuerdan las termas romanas, o asistimos al cinematógrafo, cuyas salas simulan patios sevillanos —como el cine Riviera de La Habana—, o templos chinos —como el Palacio Chino de México—.

Sobre un entredós Luis XV colocamos nuestro aparato de televisión en material plástico.

Para llegar a un concepto más veraz —y por tanto más bello— hemos de procurar acondicionar un ambiente en proporción al progreso técnico de hoy y a las necesidades que se derivan de nuestras ocupaciones como de nuestros ocios.

Establecemos el funcionalismo. Y junto con el confort varía el juicio estético. Los nuevos materiales de construcción requieren la desnudez de la línea. Se repudia la ornamentación como elemento básico. El vestir una estructura de acero u hormigón armado con entablamentos de órdenes clásicos, representa poco respeto a las grandes construcciones de la antigüedad y da un aire carnavalesco a nuestras ciudades.



En la página anterior, arriba: Dos aspectos del Ministerio de Educación del Brasil, en Río de Janeiro, por los arquitectos Lucio Costa, Oscar Niemeyer, Alfonso Reidy, Carlos Leão, Jorge Moreira y Hernani Vasconcelos.

En esta página, yacimientos petrolíferos federales de Florencio Varela (Argentina), por los arquitectos Jorge Prins, Hugo Rosso, Jorge Verbrugge y Jorge Ros Martín.

El criterio: «una buena copia es mejor que un original pobre», es abandonado y los arquitectos jóvenes tratan de encontrar respuesta a la inquietud de la época.

Las bases de este cambio de pensar son fundamentalmente idénticas en Europa y América, mas difieren en su aplicación.

En los primeros tiempos los europeos se caracterizan por un funcionalismo que podríamos llamar puro, por la exaltación de la máquina, por el maquinismo más que por el mecanismo; llevan la sencillez al máximo, pudiendo ser motejada de insípida y árida.

Se levantan —sobre todo en Alemania— edificios abstractos y carentes de sentido humano.

Así se produce la célebre máquina de vivir de Le Corbusier. En América no llegan a cuajar esos principios. No se considera la máquina como la vivienda ideal del hombre sino como un simple medio para obtener un hogar más cómodo, más fácil para el ama de casa. No se pierde la medida del hombre, ni tampoco el sentido de la adecuación al paisaje.

A pesar de ello, la reacción del público fué asaz virulenta.

Por doquier se les aplicó a las casas el nombre de garajes, de cubos de cartón-cemento. Claro está, que se cometieron errores durante el período experimental, pero esto era inevitable.

Las directrices arquitectónicas vienen, hemos de reconocerlo, de Europa y Estados Unidos. Francia nos envía el espíritu observador y agudo de Le Corbusier, que visita Brasil y el Río de la Plata en 1936 y es consultor del grupo de arquitectos brasileños que diseña el edificio del Ministerio de Educación, en Río de Janeiro.

Gropius y Frank Lloyd Wright influyen decisivamente a través de sus manifiestos y proyectos.

El Brasil es quizás, de entre todos los países de la América hispana, aquél en que la arquitectura moderna ha tenido mayor aceptación y mejor comprensión.

El Ministerio de Educación, que antes mencionáramos, es una victoriosa réplica a todos los argumentos que se han esgrimido y se esgrimirán contra el empleo de la nueva arquitectura en los edificios públicos.

La prueba ha sido hecha y el éxito ha resultado tan decisivo que así en el mismo Brasil, como en el resto de América, ha proliferado la escuela.

Esta construcción posee una estructura independiente de los muros, permitiendo la distribución de los huecos en forma libre. Las persianas móviles, con objeto de regular y controlar la luz solar dan lugar a interiores cómodos y brindan a la fachada un juego interesante de líneas. La planta resulta simple y flexible, muy adaptable.

La obra fué proyectada por Lucio Costa, Oscar Niemeyer —el más interesante de los arquitectos cariocas—, Alfonso Ready, Carlos Leão, Jorge Moreira y Hernani Vasconcelos.

Múltiples ejemplos pudieran citarse de estas maravillosas edificaciones modernas en el Brasil: el ABI (Asociación Brasileira de Impresiones), construido por Marcel Roberto y Milton Roberto; la residencia de João Arnstein, en São Paulo, de Bernad Rudofsky; el aeropuerto Santos Dumont —el mejor de Iberoamérica—, de Atilio Correa Lima; la Isla



Restaurant Pampulha, en Bello Horizonte, de Niemeyer, sírvannos de suficiente referencia para conocer algo de lo mucho que se está haciendo en la pujante nación brasilera.

Finalmente, merece especial mención el vasto plan de Ciudad de Motores, de José Luis Sert y Paul Lester Winer.

Constituye esta obra, ya en ejecución, el primer esfuerzo hispanoamericano por construir una ciudad completa de acuerdo con los más modernos conceptos urbanísticos.

Brasil, con estas edificaciones, se ha convertido en la primera nación del mundo en cuanto a arquitectura se refiere.

Y sus arquitectos han demostrado que las edificaciones con criterios nuevos, tienen, además de sus ventajas funcionales, tanta belleza como las obras consagradas por los siglos.

Argentina nos brinda, asimismo, un notable panorama arquitectónico.

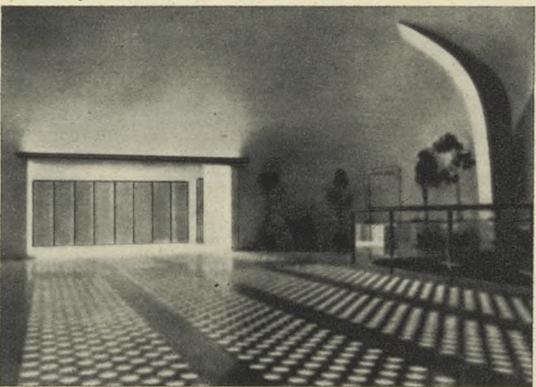
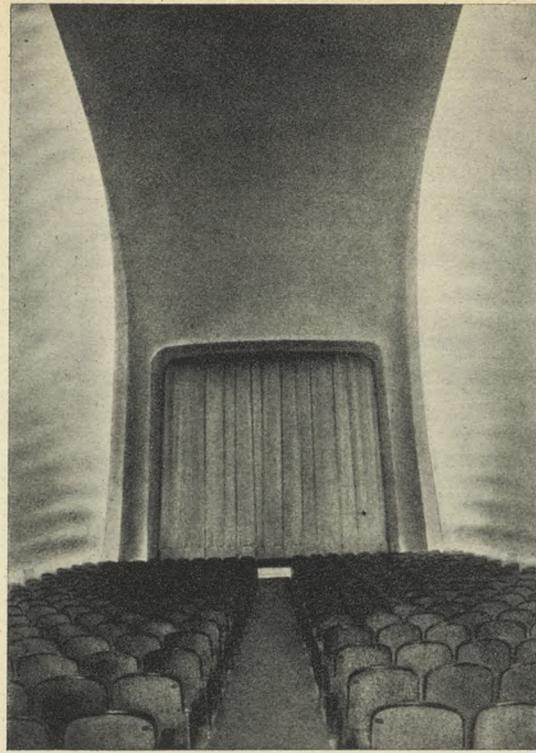
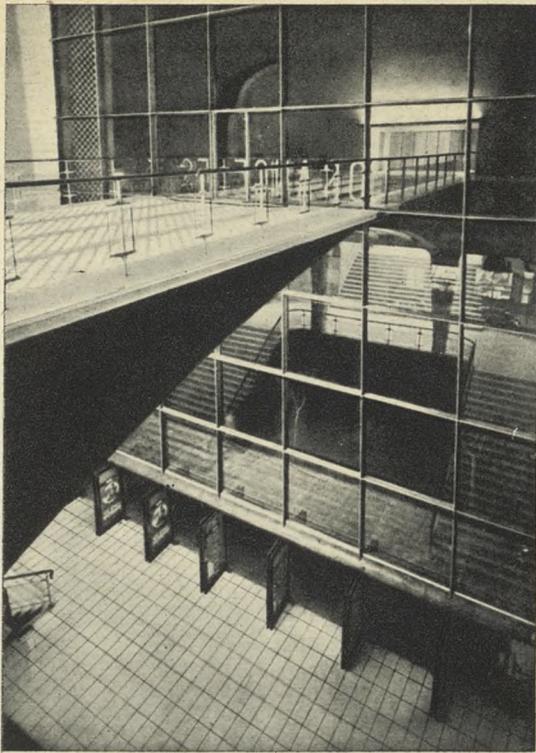
Una de las construcciones más sorprendentes de los últimos tiempos es la del local de Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Consta este edificio de tres partes: la sección administrativa, con museo, teatro y comedor; el taller, que ocupa una sola planta, y el laboratorio, de cinco pisos.

La elevación brinda un interesante juego de volúmenes, bien compensados y un hermoso contraste entra la superficie lisa del teatro y las alas con ventanales del laboratorio.

Desde el punto de vista urbanístico, Buenos Aires ofrece soluciones tan avanzadas como las del Brasil.

El proyecto de modificación de la avenida 9 de Julio ha de ser la primera aplicación argentina de los más atrevidos métodos de urbanización. Grandes edificios, como el Automóvil Club, de Anto-



Arriba, a la izquierda: Vista del hall principal del cine «Los Angeles» de Buenos Aires.—A la derecha: Sala y embocadura del mismo cine.—Debajo: Dos aspectos del hall del piso superior del cine «Los Angeles», construido por los arquitectos Abel López Chas y Federico J. Zemorain.—En la siguiente página: Tres vistas de Radiocentro Habana (Cuba), por los arquitectos Emilio Junco, Miguel Gastón y Martín Domínguez.

Fachada lateral de la Asociación Brasileña de Prensa, "Associação Brasileira de Imprensa" (A. B. I.).



Otro aspecto del A. B. I. construido por los arquitectos Marcelo Roberto y Milton Roberto.



nio H. Vilar, Héctor C. Morive, Jacobs Jiménez & Falormis, Sánchez Lago & de la Torre y Jorge Bunges; la Facultad de Medicina y el Hospital Churrucá, son dignos exponentes de la arquitectura porteña. En ella debemos prestar particularísima atención a las casas de departamentos y residencias particulares de Buenos Aires, San Isidro, Mar del Plata y Sierra de Córdoba.

También en la vecina república del Uruguay se ha edificado con criterio funcional.

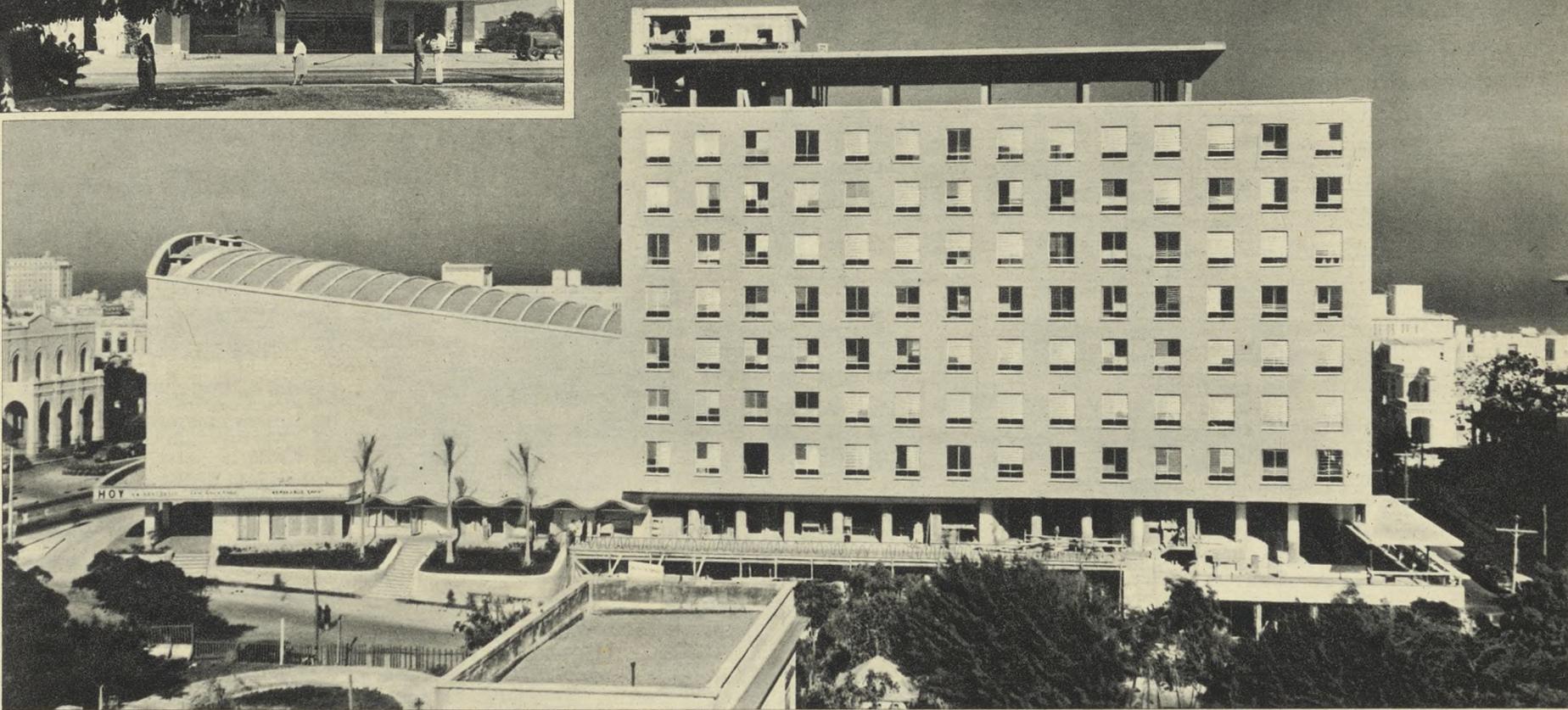
Una de las muchas experiencias plausibles es la Iglesia de las Clarisas en Montevideo, de Alfredo Rafael Solari y Carlos Vacotti Starico.

México no marcha a la zaga de los otros países latinoamericanos. El proyecto en construcción del Instituto Tecnológico de Monterrey presenta un magnífico conjunto de edificaciones, tan notables desde el punto de vista

técnico, como desde el artístico. Puede afirmarse que, una vez terminado, será la primera ciudad universitaria del mundo hispánico y la consagración definitiva de Enrique de la Mora como uno de los más destacados arquitectos de nuestro tiempo.

Entre las más importantes contribuciones de la arquitectura contemporánea mexicana está la Iglesia de la Purísima Concepción —también de Enrique de la Mora—, que demanda un tributo de admiración por parte de todo aquél que la visita.

Dicha iglesia, con su planta de cruz latina, cubiertos ambos brazos por una bóveda parabólica de hormigón armado, dominada por un campanario de piedra rústica, aislado del cuerpo principal de la iglesia —a semejanza de los campanillos italianos—, es un rotundo mentís a quienes consideran la arquitec-



tura moderna como incapaz de elevar el ánimo a un sentimiento religioso.

En el Distrito Federal la construcción es encomiable.

Residencias privadas, hoteles, grupos escolares, guarderías infantiles, edificios comerciales, integran un conjunto de construcciones que nada desmerece del litoral atlántico sudamericano.

Su tradición indígena y aun la colonial han sido aprovechadas en una sabia combinación de materiales.

El color quizás sea uno de los elementos constructivos que más sabiamente utilizan los mexicanos.

El tezontle, piedra volcánica de color rojizo, armoniza con las terminaciones de los muros de ladrillos, repellados éstos en tonos grises, blancos, verdes, y contrastando con los vanos de las puertas y ventanas, pintadas en los tonos más variados.

Citemos los nombres de de la Mora, Obregón, Santacilia y Pani como arquitectos cuya fama desborda los lindes geográficos de América.

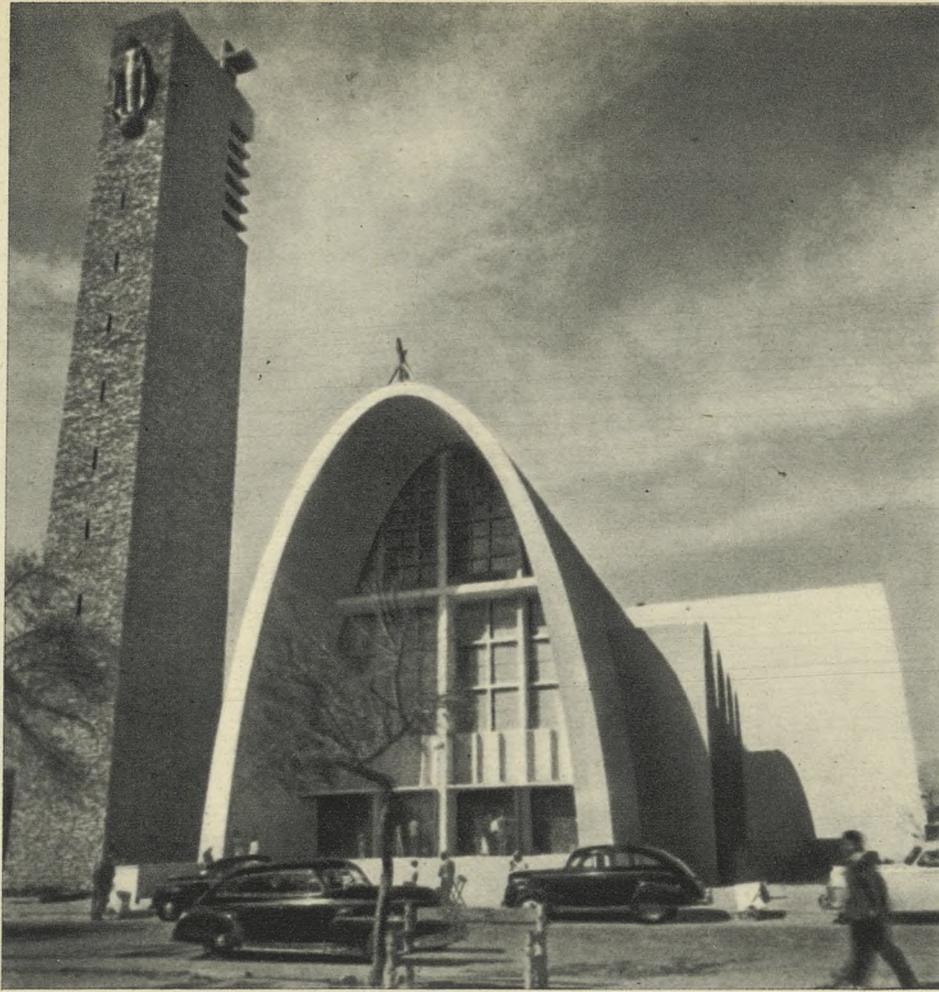
La producción cubana es bastante reciente y, por tanto, no puede emitirse un juicio decisivo.

Las últimas promociones de arquitectos se preocupan por hallar una solución en conformidad con las peculiaridades isleñas.

Radio Centro suministra una planificación inteligente de un problema bastante complejo, ya que se ha logrado reunir en una sola estructura locales tan diversos como los de restaurant, teatro, cine, radio, oficinas, comercio, etc.

En su proyecto han intervenido Emilio del Junco, Miguel Gastón y Martín Domínguez.

El Miramar Yacht Club, en construcción, será un nuevo e importante paso en la arquitectura habanera.



Fachada principal de la Iglesia de la Purísima, en Monterrey (México), por el arquitecto Enrique de la Mora.

Ernesto Gómez Sampera, Mercedes Díaz, Eduardo Montelieu, Alberto Beale y Luis Echevarría, constituyen el capacitado equipo que lo realiza.

Es notable que todos estos arquitectos citados, junto con Nicolás Arroyo y Gabriela Menéndez, pertenezcan a las últimas promociones universitarias.

Es el nuevo movimiento cubano que se abre paso contra los viejos prejuicios.

La fotografía que presentamos del Miramar Yacht Club, revela una madurez de pensamiento y un extraordinario dominio técnico, digno de los mayores elogios.

No podemos dejar de mencionar a Eugenio Batista, el iniciador de la nueva arquitectura en Cuba.

Dadas las condiciones de espacio que nos han sido determinadas, resulta imposible, como quisiéramos, el extendernos a otros

países del continente que llevan a cabo un destacado esfuerzo arquitectónico.

El Barrio Cívico de Santiago de Chile, El Silencio de Caracas, el Hotel Goragua de Santo Domingo, ciertas residencias privadas de Lima, son algunos de los motivos que nos hubiera gustado tratar. Quédense para otra ocasión.

Vista, así, panorámicamente, la arquitectura de Iberoamérica ofrece uno de los índices más sugestivos de la pujanza intelectual y económica del continente.

América construye y construyendo levanta los fundamentos de un porvenir lleno de promisión, al través de la interpretación del espíritu arquitectónico de Europa.

Las ilustraciones que acompañan a este trabajo dan una idea de este porvenir magnífico, pleno de esperanzas.

Cuatro aspectos de la iglesia «Las Clarisas», en Montevideo (Uruguay), por los arquitectos Alfredo Solarí y Carlos Vacotti Starico.

BEATRIZ MASÓ, (ARQUITECTO)

